

LOS AÑOS FORMATIVOS DE RICARDO LEVENE Y LAS LECCIONES DE HISTORIA ARGENTINA

Darío Pulfer

DOCUMENTO DE TRABAJO



Introducción

Los trabajos orientados a reconstruir los inicios de la trayectoria de Ricardo Levene, sus años formativos en el contexto historiográfico europeo y local, así como el desarrollo de sus primeras producciones, pueden ser complementados y enriquecidos gracias a la disponibilidad de nuevas investigaciones así como de los materiales disponibles en su archivo.¹

En la producción historiográfica existente, sus primeros pasos son jaloados por referencias a su ingreso a la vida política, el trabajo en la docencia y en algunas publicaciones en torno al Centenario (Cornejo, 1957; Heras, 1961; Acha, 2006).

La atmósfera positivista en la que actuó Levene, animada por figuras como Ernesto Quesada, Juan A. García y Carlos Octavio Bunge fue reconstruida con precisión (Devoto, 2009).

Sin embargo, sus primeras obras han recibido escasos comentarios, quedando algunas en el olvido absoluto. Entre ellas, la que más gloria y difusión pública le otorgó: *Las lecciones de historia argentina*.

Resulta de interés volver sobre los años formativos de Levene, teniendo en cuenta que los estudios disponibles sobre su trayectoria, por lo general, se concentraron en la presentación de una figura ya reconocida y consolidada en la escena pública.² Sea para concentrarse en los años

1 El Museo-Archivo Levene depende de la Biblioteca Nacional del Maestro y conserva volúmenes de recortes prolijamente ordenados, correspondencia clasificada y la biblioteca del historiador. En lo sucesivo los materiales de este reservorio serán citados como ARL.

2 Bien valen las palabras del Presidente de la Comisión de Homenaje a Ricardo Levene, Rómulo Zabala, pronunciadas el 26 de diciembre de 1940, para dar cuenta de la ubicación del autor en el cenit de su carrera: “El último lustro de la actuación del doctor Levene se inicia con la organización y presidencia del segundo Congreso Internacional de Historia Americana, cuyas tareas, conclusiones y trabajos edita en seis volúmenes y se cierra con la sanción de su proyecto de Ley sobre Museos, Monumentos y Lugares Históricos. Dentro de ese mismo quinquenio dirige la conmemoración del cincuentenario de la muerte de Sarmiento, hace publicar en cinco volúmenes la documentación de los actos realizados y la contribución de los intelectuales escritos para esa oportunidad; promueve la creación del Museo de ese prócer y del Congreso de 1880; lleva a cabo la instalación de la Comisión Revisora de textos de Historia y Geografía Americana y Argentina, dispuesta por el tratado con el Brasil, contando en la fecha la biblioteca de autores brasileños con

treinta (Escudero, 2010) o en el peronismo clásico (Pagano, 2001) su formación y primeras décadas de actuación quedan como mero antecedente o referencia.

Si consideramos que fue en esos años en que hizo sus primeros pasos en la política vernácula, se insertó en un dispositivo de enunciación simbólica vinculado al conservadurismo político dominante, ocupó cargos burocráticos y docentes en el aparato estatal y tejió una serie de relaciones personales, políticas y académicas perdurables en el tiempo, el análisis de esos años resulta decisivo.

Fue en ese tiempo que se vinculó políticamente al pellegrinismo; se inició en la docencia secundaria siendo destacado en su tarea como ejemplo de educación patriótica a través de la historia; desempeñó tareas burocráticas en el ámbito nacional y en la Provincia de Buenos Aires; publicó sus primeros trabajos en diarios nacionales en conmemoración del Centenario patrio; escribió varios materiales educativos para los niveles primario y secundario orientados a la enseñanza de la historia y frecuentó a figuras tales como Joaquín V. González y Alfredo Palacios, con quienes coincidiría en varias empresas político-académicas, fundamentalmente en la Universidad de la Plata.

Partimos de la hipótesis siguiente: los años formativos contribuyeron a la configuración de una red de sociabilidad y a una matriz de prácticas y concepciones en Levene, que se desplegaron con variaciones a lo largo de su trayectoria.

Nos interesa retomar aquí un punto significativo en las relaciones entre la historia y la política. Resulta común sostener el apoliticismo de Levene, o la desvinculación entre la acumulación de cargos y honores y toda “sospecha de adscripción partidaria” (Suárez y Saab, 2013: 214). La admiración por la tradición liberal, la recuperación de figuras como Moreno, Belgrano, San Martín, Rivadavia, Sarmiento, Mitre, fue asociado, también, a cierto *apoliticismo* del historiador y al respeto por las instituciones vigentes:

siete volúmenes de obras de las mejores firmas de ese país vertidas al castellano, prolijamente impresos y prologados por destacados escritores argentinos; redacta los convenios intelectuales con Chile, firmados también con Uruguay y Paraguay; planea y dirige la monumental Historia de la Nación Argentina; transforma la Junta de Historia y Numismática Americana en Academia Nacional de la Historia; publica la magna obra ‘Historia de América’; lanza a la circulación numerosos volúmenes del Archivo histórico de la Provincia de Buenos Aires y logra la reedición facsímil del Semanario de Agricultura, el Argos de Buenos Aires, la Moda, el Zonda y el Iniciador” (Levene, 1946: 15-16).

“Levene no era un militante, ni participó activamente de la vida política, a diferencia de otros colegas suyos como E. Ravignani y D. Molinari, no aceptó desempeñar cargos políticos” (Rodríguez, 2001: 43).³

Inicios políticos y docentes

Ricardo Levene nació en Buenos Aires, el 7 de febrero de 1885. Sus padres fueron Gabriel Jacinto Levene y Rosa Sassone (Kraft, 1958: 442). Su padre, de origen judío, se dedicaba a la confección de prendas de vestir (Acha, 2006: 38).

Estudió en el Colegio Nacional Central donde obtuvo el título de bachiller. Prosiguió sus estudios en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

A los diecisiete años inició su labor como publicista escribiendo para periódicos.

En 1903 escribió sobre *La visita de los chilenos* con motivo de la ratificación de los Pactos de Mayo. Se manifestó escéptico en un *Bosquejo de la situación general del país*, con motivo de la apertura del Congreso. Escribió sobre el *Comercio Exterior*, *La emigración*, *Los aranceles universitarios*, *La huelga estudiantil*, *El capital extranjero*, *La moneda sana*, *Despoblación de los territorios nacionales*, entre otros. En materia educativa realizó notas sobre la intensificación de la enseñanza de las lenguas vivas y clásicas.

Estuvo en Azul, trabajando como maestro. Siguió con el ejercicio periodístico, firmando con el seudónimo Fray Ricardo.

Regresó a Buenos Aires en 1904 y se enroló en la política militante. En las elecciones de renovación presidencial estuvo en las filas del pellegrinismo. En ese marco dio una conferencia en el comité autonomista de la sección décima sobre *La educación en la política*. En esa pieza recordó a Mariano Moreno y su papel en la Revolución de Mayo, identificándolo con Carlos Pellegrini. El texto fue publicado en el periódico *Sarmiento* (ARL. Recortes, 1904).

Los resultados de la elección realizada bajo la reforma electoral propiciada por Joaquín V. González, en la que se dividía a la Capital en

3 Escudero discute esa caracterización para los años '30 en base a los vínculos establecidos por Levene con el estado conservador y en particular con Agustín P. Justo (2010: 53).

circunscripciones, provocó una mirada crítica por parte de Levene. Veía en ello el ascenso de “caudillos de parroquia”.

En ese momento redactó su primer libro de texto: *Apuntes de historia de la Edad Media y de los Tiempos Modernos*, orientado a estudiantes de tercer año de la secundaria. La obra recibió elogios de *El País*, *Sarmiento*, *Diario Nuevo*, *La Argentina* y *La Nación*.

Cursaba sus estudios universitarios, mientras seguía colaborando en el órgano pellegrinista *El País*. Buena parte de sus notas estaban referidas a cuestiones universitarias.

Levene incursionó en la producción de guiones teatrales: *Aguila*, *Odio y Corazón*.

En 1905 tradujo la obra *Historia de la civilización* de J. de Crozals adaptada a los estudios de la Facultad de Derecho.

Ese año defendió su tesis doctoral, titulada *Leyes sociológicas*. Fue publicada el año siguiente. La repercusión de la tesis lo posicionó en el ambiente porteño, actuando como plataforma para acceder a la cátedra secundaria.

En 1906, fue designado en el Colegio Nacional Oeste, luego bautizado con el nombre de Mariano Moreno. Podemos inferir que esa plaza la obtuvo en base a sus relaciones con el oficialismo, en el momento en que Pellegrini y Figueroa Alcorta aproximaban posiciones, tras la muerte de Quintana. Actuó en ese establecimiento hasta 1928.

En 1908 fue profesor fundador de la Escuela Normal de Flores, que luego tomó el nombre de Estanislao Zeballos. Allí permaneció hasta el año 1925.

Para ese mismo año seguía militando en política, participando como orador en mitines políticos y apoyando activamente la diputación nacional de Carlos Meyer Pellegrini. De ese modo, se encolumnaba en las fracciones conservadoras que propiciaban el reformismo electoral.

Al mismo tiempo, fue expositor en actividades de extensión del Colegio Nacional, orientadas a obreros, entre 1908 y 1911. Algunas de esas intervenciones fueron impresas: *La agonía de Grecia* y *Los orígenes de la Revolución Argentina*.

Resulta de interés recuperar, también, que por esa época comenzaron sus intervenciones en la Biblioteca Edmundo de Amicis de la Boca, donde disertó en reiteradas oportunidades. Allí coincidió con quien era su amigo y compañero de tareas, Alfredo Palacios.

Su permanencia en la docencia secundaria muestra claramente la importancia que le adjudicaba a enseñanza de la Historia en el ámbito escolar. Esto se enlaza con el lugar asignado a la producción de material para la enseñanza.

La Historia Argentina de los niños en cuadros

La primera obra de Levene fue un texto dedicado a la enseñanza de la historia en el nivel primario, la *Historia Argentina de los niños en cuadros*, texto elaborado en coautoría con Carlos Imhoff, un colega de Levene, prematuramente fallecido.

La obra fue editada por Lajouane en 1910. De tapas duras, con papel ilustración, lujosamente editada, constaba de 176 páginas.

Fue prologada por el entonces presidente de la Universidad Nacional de La Plata, Joaquín V. González. Para ese momento el riojano era una figura importante de la elite política de Buenos Aires, formando parte de las huestes roquistas, en tiempos de su ocaso político. En la faz intelectual brillaba, mediante sus nota en el Diario *La Nación*, en la serie que fue conocida como *El juicio del siglo*, con ocasión del Centenario de la Revolución de Mayo. Ese fue el primer aspecto destacado por el prologuista: “una de las dignas y bellas formas de celebrar los primeros años de vida independiente de la Nación, es publicar libros que contribuyan a acrecentar su riqueza intelectual” (Levene; Imhoff, 1910: 5). A ojos de González la propuesta de Levene e Imhoff poseía una serie de características pedagógicas en línea con “la corriente nueva de los textos para niños y jovencitos de las escuelas comunes y primeros años secundarios consistente en abandonar la estéril narración ‘in extenso’ y razonada de las antiguas enseñanzas mnemónicas, para procurar el mejor resultado por la impresión más viva y duradera en el alma del escolar” (Levene Imhoff, 1910, 5). Además destacó el carácter renovador del libro, en la didáctica de la historia patria de las escuelas comunes, basándose en la síntesis del relato de los hechos culminantes; la acentuación de lo anecdótico,

de profundo efecto sugestivo en la mente infantil y la utilización profusa de ilustraciones. Sostenía González que “su plan es claro, sencillo e intenso a la vez; su estilo es llano, ligeramente grave y discretamente sentencioso; sus relatos retratos y notas descriptivas, breves sin ser obscuras; el elemento anecdótico bien elegido y colocado en los personajes más altos...y la sucesión cronológica, sin ser adusta, es bastante distinta para mantener la unidad de vida del pueblo historiado” (Levene; Imhoff, 1910: 9).

La secuencia cronológica comenzaba con el “descubrimiento del Nuevo Mundo” (desde Colón al Virreinato y las invasiones inglesas) seguido de “la independencia” (desde la Revolución de Mayo hasta la celebración del Centenario). En la denominación de la época independiente se introducían las categorías de “revolución de mayo”, con el relato de los acontecimientos desde el 18 de mayo; “la anarquía (1820)”; “Bernardino Rivadavia, Primer Presidente de la República”; “Rosas, la tiranía”, “la organización nacional, 1852”. Intercalado en el relato se incluía páginas sobre la Bandera Argentina, el Himno Nacional, etc. Se destacaba la acción libertadora de San Martín.

Las imágenes se orientaban a la “formación del espíritu patriótico” de los pequeños alumnos, a través de retratos de “héroes” como Colón, Moreno, Belgrano y San Martín; de representaciones de edificios icónicos como el Cabildo de Buenos Aires y la Casa de Tucumán; por la presencia de símbolos patrios, por la figura de la Libertad o por la imagen de un anciano San Martín ofreciendo sus máximas a su nieta Mercedes. Todas figuras que constituirían modelos a seguir para las futuras generaciones.

El cierre de la obra contenía un “resumen sinóptico de la Historia Argentina», innovación de época en este tipo de producciones.

Por ese tiempo, Levene participó con entusiasmo de las celebraciones del Centenario. En ese marco la Comisión Estudiantil del Centenario organizó una velada patriótica para el día 18 de mayo de 1910, en la que Levene leyó una conferencia titulada *La democracia argentina*. Al día siguiente *La Prensa* parangonó la intervención a un “himno sonoro, vibrante, melodioso, cantado a la libertad...”. El 20 de mayo fue orador en la Escuela Normal de Flores. El 24 volvió a hablar en una manifestación popular en la Pirámide de la Plaza de Mayo. *La Argentina*, para el día 25 de mayo, en un suplemento especial, reprodujo íntegra la conferencia del 18.

A los fines de reconstruir el campo de afinidades políticas e ideológicas de Levene por esta época, resulta importante subrayar la vinculación con Alfredo Palacios (diputado socialista, abogado, profesor universitario). En 1911, Levene desplegó una serie de conferencias en la Biblioteca Edmundo D Amicis de la Boca, sobre las relaciones entre la sociología y la historia (*La Nación*, 1911). Las mismas se encuadraban en tareas de extensión del Colegio Nacional Mariano Moreno, donde revistaba como profesor. Las notas periodísticas destacaban que se trataba de intervenciones orientadas a obreros.

Otro vínculo significativo fue el que mantuvo con Agustín Alvarez, profesor universitario y dirigente de la asociación nacional de profesores.

De mayor importancia, por la ubicación en las coordenadas políticas e intelectuales de la época fue la relación con Joaquín V. González, padrino y promotor de figuras intelectuales.⁴

Ese lazo se refuerza en otra actividad. Fueron Joaquín V. González y Manuel Láinez quienes presentaron en 1911 un proyecto de ley orgánica de la docencia que establecía la estabilidad, el escalafón, la elevación paulatina de las remuneraciones, junto con mecanismos de protección social. Ello venía a coronar un trabajo de las agrupaciones que luchaban por la consagración de los derechos de los docentes, entre la que se destacaba la Asociación Nacional del Profesorado, de la que Levene formó parte desempeñándose como Secretario. En esa condición había participado en 1908 como Secretario de la Junta Organizadora del Congreso Internacional Americano de Instrucción Pública que debía realizarse con motivo del Centenario de la Revolución de Mayo y participó también en representación de sus colegas del Colegio Nacional Mariano Moreno en el Congreso Pedagógico Nacional reunido en Córdoba durante el mes de diciembre de 1912.

⁴ “El espíritu sagaz de Joaquín V. González –delicado como una flor- encontró sin duda en Ricardo Levene el discípulo dilecto y su alma gemela” (Cornejo, 1957: 13). Devoto lo llamó “mentor” de Levene. Igual tarea había hecho J.V. González con Lugones encargándole misiones específicas y encumbrándolo en la inspección general de educación y Rojas a quien catapultó a la cátedra universitaria aun cuando no se había recibido.

Cátedras Universitarias

El año 1911 señaló el inicio de Levene en la docencia universitaria. Fue en la Facultad de Filosofía y letras de la UBA como profesor suplente de Sociología cuya cátedra titular ejercía el Dr. Ernesto Quesada.

Para optar al cargo presentó una monografía bajo el título: *El siglo de la Sociología*. Fueron jurados en la clase oral, Ernesto Quesada, Norberto Piñero, Juan A. García, Carlos O. Bunge y José Ingenieros. De manera unánime aconsejaron la designación.

Ese mismo año, Levene publicó un fragmento del texto presentado en la ocasión. En el mismo se presentaba como sociólogo, señalando que los “graves y numerosos problemas sociales, en estos tiempos de agitación económica, moral e intelectual” reclamaban la atención de quienes pretendían ejercer ese oficio. Para él, “al siglo XX corresponderá la labor de armonizar, conforme a los principios de evolución uniforme, los progresos científicos por una parte, con los sociales y morales por la otra”. Por tal motivo, “bien puede afirmarse, pues, que el nuevo será el siglo de la Sociología, ciencia a la que corresponde el estudio de los problemas sociales –de naturaleza y estructura compleja- y su solución armónica dentro del orden general de la sociedad” (1911: 214). Bajo ese espíritu de integración, tras repasar los antecedentes y evolución de la disciplina y las distintas opciones disponibles para su despliegue, optará por postular una “sociología sintética”, basada en cinco puntos centrales: “integración del concepto de la Sociología en el estudio estructural y funcional de la sociedad y en la penetración íntima del proceso social”; “naturaleza compleja del fenómeno social fundada en la intervención concomitante de diversos factores”; “apreciación y estudio...ha de encararse objetivamente, definiendo su concreción y desterrando la concepción dogmática general que pretende suministrar fórmulas universales de solución”; la “apreciación objetiva” permitirá determinar en “cada caso particular el predominio –no la exclusividad- de algún factor determinado” y la “existencia de leyes que rigen el mundo social, no entraña el principio de un fatalismo inexorable” (Levene, 1911: 253-254). A lo largo del texto Levene hizo gala de erudición citando a una variedad de autores, llegando a los más recientes como Loria, Durkheim, Ward o Small. Entre los autores nacionales, únicamente citaba a Quesada, a cuya cátedra aspiraba.

En el afiche publicado por la Facultad de Filosofía y Letras para el año lectivo de 1911, Levene aparecía como profesor a cargo de sociología entre los cursos especiales (ARL. Corr.1906-1921).

Su designación como profesor suplente fue destacada en el diario *La Nación* (ARL.Recortes, 1911). El 13 de junio, el diario *La Prensa*, consignó que la primera “conferencia” del curso estuvo dedicada a “Los primeros gérmenes de democracia en el Río de la Plata durante el siglo XVI” (ARL. Recortes, 1911). Esa intervención sirvió, según el diario *La Argentina*, para mostrar la “preparación...y vasta erudición” del disertante (ARL. Recortes, 1911).

Los orígenes de la Democracia Argentina

El primer curso que le fue encargado versaba sobre el período colonial. En ese estudio debía centrarse en los componentes históricos y sociales determinantes, en el lenguaje de época, del “régimen democrático argentino”. Su desarrollo constó de diez clases, que fueron seguidas con atención. Como vimos, sus intervenciones fueron recogidas en los diarios locales.

A fin de año publicó esas clases en un libro bajo el título *Los orígenes de la Democracia Argentina* (Levene, 1911). Estaba dedicado a Ernesto Quesada.

El libro enfatizaba el papel de lo social por sobre lo individual y lo heroico. Ubicada en la denominada historiografía sociológica argentina, el material se orientaba a desentrañar el origen y desarrollo de los núcleos sociales y el papel de la masa en los grandes procesos. A lo largo del texto, Levene buscaba afirmar la formación y continuidad entre el período colonial y el independiente, construyendo históricamente un sujeto histórico:

Solo siguiendo así, gradualmente, su marcha ascensional, el estudioso alcanza a penetrarse del carácter eminentemente popular y democrático de la Revolución de 1810. La entidad soberana que entonces hacer el supremo y arrogante gesto, la hemos visto formarse y crecer, en los primeros núcleos de población, hasta esta época virreinal en que el pueblo adquiere durante las invasiones inglesas, en los episodios siguientes en oportunidad de los hechos de la metrópoli, en el Cabildo abierto del 14 de agosto de 1806, en

el motín del 1 de enero de 1809, en la revolución de La Paz y de Charcas, la conciencia de su pujanza y de su fuerzas.⁵

Si bien a lo largo del texto citó profusamente a Mitre, en particular el capítulo introductorio de la obra sobre *Belgrano...*, no perseguía el mismo objeto ni sostenía el mismo enfoque. Mitre buscaba reconstruir el itinerario de la idea revolucionaria a lo largo de su proceso histórico, en cambio Levene buscaba configurar al portador de esa idea. Mitre enfocaba su análisis en términos estrictamente históricos, mediante el uso erudito de la documentación, mientras que Levene se inclinaba por análisis sociológicos más asociados a cierto ensayismo de época privilegiando literatura secundaria (Funes, De Angelis, Mitre, Gutiérrez, Sarmiento, López, Estrada, hasta llegar a los contemporáneos Bunge, Quesada, Matienzo, J.V. González, Ingenieros, Francisco y José M. Ramos Mejía). En este tipo de intervenciones, salvando la distancia generacional y de trayectoria, Levene se entrelazaba con el clima de ideas y las producciones de Quesada, García, Bunge (Devoto, 2009).

Vemos en este texto un Levene enmarcado en las corrientes de la época, de la que no podía sustraerse. Nos referimos a la tendencia ensayística, al análisis social anclado en cierto positivismo tardío en el que se trabajaba sobre los determinantes étnicos, geográficos y sociales y en particular la consideración de las masas o multitudes en la historia. A ello agregaba, citando a Taine, la necesidad de fundamentar toda “proposición sociológica” con las “pruebas históricas”. En ese orden señalaba que había investigado en los archivos de Indias, de los Cabildos de Buenos Aires, Córdoba, Corrientes y Santiago del Estero así como los trabajos fragmentarios de historiadores coloniales y argentinos.

La obra concitó el elogio de Osvaldo Magnasco y Ernesto Quesada, cuyas opiniones fueron reproducidas por *El Diario* en su edición del 30 de noviembre de 1911 (ARL, Recortes, 1911). También fue comentada ampliamente en los medios gráficos de la época, recibiendo unánimes elogios. *La Tribuna*, *La Razón*, *La Nación*, *El Diario* y *Sarmiento* destacaron su originalidad y subrayaron el carácter sociológico de la obra, en la que se destacaba la importancia de las fuerzas sociales en el proceso revolucionario (ARL, Recortes, 1911).

5 Sobre esta temprana base Levene construirá toda la arquitectura de su producción posterior. La relectura y resignificación de la idea de nación preexistente de Mitre, elaborada con posterioridad, abona y perfecciona esta perspectiva (Chami, 2008: 60 - 61).

Con estas lecciones y ese método, Levene se acercaba a las tendencias emergentes en el naciente ámbito historiográfico, aunque no participó decisivamente en las polémicas conceptuales y metodológicas encarradas por algunos de sus miembros (Devoto, 2009). Nos referimos a dos cuestiones: la preocupación temática por el pasado colonial y la aproximación a la historia en base a series documentales.

Nuevas posiciones

En otro ámbito, el Consejo Directivo de la Facultad de Derecho lo designó profesor suplente de Introducción al Derecho cuya cátedra titular desempeñaba Carlos Octavio Bunge, en 1912. Así inició la docencia en la Facultad en que había estudiado, permaneciendo desde entonces en actividad hasta su fallecimiento. Durante 1913 dio clases sobre *El derecho positivo no legislado*. Una vez más los diarios porteños se hicieron ecos de sus contenidos.

El 7 de junio de 1913 fue nombrado profesor interino de la Historia Crítica de la Nación Argentina correspondiente a la Sección de Filosofía, Historia y Letras, cargo del que sería titular al año siguiente por fallecimiento de Agustín Álvarez titular de la misma y Presidente de la Asociación Nacional del Profesorado, de la que Levene había sido secretario.

En el año 1914 ingresó como profesor en la Escuela Superior de Guerra, donde se desempeñó hasta 1932.

Por esta época contrajo matrimonio con Amelia Rosa Peyloubet, con quien vivió en el barrio de Recoleta, en Pacheco de Melo 2130. De esa relación nació su único hijo en 1914, que llevó su mismo nombre.

Cargos burocráticos

Levene se desempeñó interinamente como Asesor Letrado de la Dirección General de Vías de Comunicación en el ámbito nacional.

Hacia 1913, por un tiempo, fue Jefe de Estadística de la Policía de la Provincia de Buenos Aires.

Mientras tanto seguía ejerciendo la cátedra en establecimientos de enseñanza secundaria, el curso especial de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras, las clases en la Facultad de Derecho y los cursos de extensión universitaria en la Boca.

Lecturas históricas

Como otros autores de la época, en 1912, Levene preparó, en dos volúmenes, las *Lecturas históricas*, como material complementario de los manuales al uso.

Se trataba de una serie documental de carácter testimonial, con el objetivo de conseguir la “desubjetivación de la ciencia, evitando así que ésta sea expresión ideológica del autor que la profesa” (Levene, 1978:7). La idea era que el uso de “fuentes...puras, de primera mano” podía “desterrar de la clase el texto único” con las consecuencias que acarrearía: “una enseñanza dogmática y nemónica”. Aun bajo cierto presupuesto positivista señalaba que en la “documentación histórica...descansa la historia misma”. Como en otros casos, el trabajo se detenía en 1880, reproduciendo el mensaje de Avellaneda al abrir las sesiones del Congreso en mayo de ese año. En cuanto a la organización de los períodos seguía la estructura de López, aunque matizaba la categorización del período federal, conforme a los trabajos que venía avanzando la historiografía de la Nueva Escuela: Descubrimiento, conquista y colonización; El virreinato; La revolución y la emancipación; El caudillismo y la época de Rosas; La organización nacional y las Presidencias constitucionales.

Lecciones de historia argentina

Mientras tanto redactaba un manual para la enseñanza de la historia. Nacido de su experiencia docente, el texto debía cumplir distintas funciones: adaptarlo a la edad de los estudiantes; actualizarlo a los conocimientos y a los recursos pedagógicos disponibles en ese momento y renovar la prédica integradora y nacionalizadora de los hijos de inmigrantes.

Vocación docente, arte pedagógica e impulso patriótico se combinaban de manera integrada en la figura y producción de Levene. En su

convicción esos motivos debían materializarse en instrumentos para la enseñanza.

En ese marco, el impulso renovador inicial de las *Lecturas...* se transformó, un tiempo después, en una obra propia para la enseñanza: Levene compuso sus propias lecciones en formato manual, inspirado en dos fuentes.

Por un lado, el modelo provisto por Ernest Lavisse (1903). Del autor francés extraía, además de un modelo pedagógico, la “justificación del rol central que le correspondía a la historia en el proceso educativo no sólo como formadora de la nacionalidad sino también como educadora moral” (Devoto, 1993: 16).

Otra fuente de inspiración del autor fueron los trabajos de Rafael Altamira. En 1891 el autor había publicado *Enseñanza de la historia*, un material destinado a los educadores elaborado en su función de secretario del Museo Pedagógico de la Instrucción Primaria de España (Altamira, 1891). En ese libro discurría sobre la experiencia europea en la materia y particularizaba su análisis en algunos aspectos tales como los libros para la enseñanza, las representaciones (cuadros y láminas de carácter geográfico, cuadros históricos, sea de escenas o arte), objetos reales (museos, archivos, bibliotecas), método y programas. En lo que nos interesa, clasificaba a los libros para la enseñanza de la historia en los que podía considerarse como fuentes (reproducían documentos) y los que eran tratados o manuales. Altamira se inclinaba por el uso de los primeros, bajo la premisa que se trataba de un acceso directo a los hechos. No podemos descartar el peso de estas insinuaciones en la obra de Levene, ya que, como dijimos, comenzó por realizar una selección de material documental que compuso como *Lecturas históricas* y más tarde elaboró la obra que estamos comentando. Como veremos, por un tiempo, fueron presentadas como obras complementarias. Con el paso del tiempo prevaleció la segunda forma. Junto con su obra sobre la enseñanza, Altamira compuso, a principios del siglo XX, *Una historia de España y de la Civilización española*, desplegada en cuatro volúmenes. En el prólogo Altamira señalaba bien su público destinatario:

Aunque bien lo advertirá el lector a poco que hojee este volumen, no estará de más afirmar desde luego que se trata de un Manual de Historia de España, es decir, de un libro elemental, de vulgarización, que no tiene

pretensiones eruditas, ni presume de agotar la materia, ni mucho menos de enseñar nada a los estudiosos, familiarizados ya con todas y cada una de las relativas novedades que para cierta parte del público seguramente contiene. Al escribirlo, se ha pensado ante todo en ese público, falto de tiempo y de preparación para leer obras extensas o de carácter crítico, como para enfrascarse en la ardua tarea de estudiar monografías e ir traduciendo luego, poco a poco, el conjunto de los resultados parciales, en conclusiones de alcance general; y también se han tenido en cuenta las necesidades de una gran masa escolar que cada día exige con mayor imperio libros acomodados a los modernos principios de la historiografía y a los progresos indudables que la investigación ha realizado, de pocos años a esta parte, en lo que se refiere a la vida pasada del pueblo español (Altamira, 1909).

Cabe recordar, adicionalmente, que el mismo Altamira visitó Buenos Aires, tuvo una estancia en la Universidad de La Plata y en esa ocasión Levene lo conoció y trató.

En su texto buscaba dar una visión actualizada y erudita de la historia, incorporando temáticas sociales, económicas y culturales. En esa línea introducía, además, algunos elementos novedosos como ilustraciones, mapas y cuadros, con lo que buscaba superar la narración lineal de características meramente político-institucionales, sumando elementos de base geográfica. Además de la mayor apertura temática, el *Manual* de Levene resultaba más ágil y sistemático en la presentación de la información. El uso de subtítulos contribuía a esa finalidad. Incluía textos de dos jerarquías diferentes; en un cuerpo de letra mayor el relato principal y en caracteres menores, textos secundarios que analizan en detalle enunciados del texto central o introducen otros aspectos no tratados en aquel. De todos modos, esto no alteraba sustancialmente la gramática histórica a transmitir.

El libro estaba destinado específicamente a los Colegios Nacionales y Escuelas Normales de la República, bajo la convicción de “alta misión educativa que la enseñanza de la Historia Argentina tiene en el espíritu del alumno” (Levene, 1913: 1). Proclamaba su independencia, exaltando “la verdad en la Historia”, asociadas a la “pruebas y la investigación le conceden”. De ese modo los “hechos históricos” serán “realidades verificadas y comprobadas con el concurso de las ramas auxiliares de la Historia, que han concluido por darle a ésta su verdadero carácter científico” y no “meras expresiones ideológicas o subjetivas del autor” (Levene, 1913:1).

Propugnaba “una educación moral de la juventud, con la enseñanza de la historia argentina”. En el estudio de la historia argentina, decía, existían “vacíos de toda documentación” lo que hacía difícil la tarea. Ello arrastraba al período colonial, al caudillismo, la época de Rosas y de la organización nacional. Luego señalaba que esa masa documental debía ser acompañada por la interpretación, bajo “el concepto más moderno de la Historia, cuyo sujeto es la sociedad que se estudia –y no los héroes”. (Levene, 1913: XXVIII). Junto con ello proponía integrar los avances de la investigación científica al material así como proponer una cronología razonada e interpretada de los hechos.

En el debate en torno a la “reforma moral de la enseñanza”, Levene se inclinaba por la perspectiva de M. Lavissee quien abogaba por la enseñanza de la historia para tal fin, en contraposición a M. Fouillée quien lo hacía por la filosofía. Remataba su prólogo de este modo: “Nuestro pasado le da la razón a M. Lavissee: se puede hacer una educación moral de la juventud, con la enseñanza de la Historia Argentina” (Levene, 1913: XXIX).

Seguía un orden cronológico sin contar con una periodización. La división continuaba siendo, tiempos de la Colonia y de la Independencia.

Levene buscaba brindar con su manual una visión renovada del pasado argentino al incorporar temáticas económicas, culturales e historiográficas, conforme los dictados de la Nueva Escuela Histórica.

El proyecto de Levene desde el punto de vista historiográfico seguía los planteos realizados en su trabajo de 1911. Buscaba encontrar más allá de los conflictos las líneas de continuidad entre las distintas épocas; más que las rupturas importaban ciertas permanencias, por lo que los períodos históricos debían ser analizados en su relación recíproca; las confrontaciones de tendencias debían aminorarse y resultaba imperativo establecer ideales unificadores. El período colonial debía vincularse al período independiente dado que las instituciones de la época independiente fueron heredadas del período hispánico (el cabildo, en particular) así como la configuración del pueblo que iba a protagonizar el proceso revolucionario. La guerra entre unitarios y federales, base del conflicto Buenos Aires-Interior debía ser reemplazado por una ecuación diferente: la historia de la Nación es la historia de las provincias, y la historia de las Provincias es la historia de la Nación. Las ideas de democracia o república y federalismo habían sido planteadas según Levene por la Revolución

de Mayo y residían en las formas turbulentas que se expresaba en la democracia inorgánica y en los instintos de las masas que pujaban por la autonomía y la soberanía popular.

Esa renovación le permitió competir al momento de su aparición con exitosos manuales, aún en uso, como los de Clemente Fregeiro o Vicente Fidel López publicados hacia fines del siglo XIX.

La obra fue prologada, una vez más, por Joaquín V. González, quien se desempeñaba como Presidente de la Universidad Nacional de La Plata y senador nacional. Aunque correcto sería decir que fue algo más que un prólogo. Fue una extensa introducción la que elaboró. Sea por su integración al texto, sea por el deseo de Levene, esa pieza formó parte de las ediciones sucesivas de la misma a lo largo de las décadas. Luego de señalar antecedentes en la materia (desde Domínguez a López, pasando por Fregeiro) consignaba su concepto de la ciencia, reivindicando su “poderosa virtud educadora”. Sostenía que:

Aplicada a la enseñanza de la historia, adquiere cada día más prestigio, no solamente porque es la que sugiere más y con más hondura todos los problemas de la vida misma, sino porque da preferencia en el desarrollo del estudio, a los conceptos más permanentes, a los que se erigen en leyes históricas, y ofrecen a la inteligencia del estudiantes, del futuro ciudadano activo de la democracia, guías o ecuaciones más duraderas para la solución de los conflictos políticos del futuro (Levene, 1913: XIII).

En ese momento González, a diferencia de veinticinco años atrás, consideraba que los factores belleza, imaginación, fantasía, “tan necesarios en los hechos del alma con la realidad imprevista”, debían ser cultivados y fomentados por otros estudios (literatura, las artes, la filosofía) en forma y por método directo. Reservaba para la historia “las leyes de formación, crecimiento, crisis, expansión y perpetuidad de las sociedades políticas o naciones”, desde la perspectiva científica (Levene, 1913: XIII). Esa tendencia científica resultaba visible, a sus ojos, “en la elaboración de los libros de textos históricos o geográficos, gracias, sin duda, a la influencia de las investigaciones etnológicas en nuestros museos y academias, y a la experiencia del método científico en las nuevas facultades de pedagogía establecidas en dos de las universidades de la nación, y el progreso general de los conocimientos en la época contemporánea” (Levene, 1913: XIV). En esa “corriente moderna de la concepción histórica” colocaba

González el libro de Levene, fijando “su atención con preferencia sobre el desarrollo de las ideas, instituciones, costumbres o leyes sociales en el transcurso del tiempo y que han elaborado el tipo o estado actual de civilización en la nación historiada” (Levene, 1913: XV). Destacaba que el autor había tomado en consideración los elementos geográfico y étnico, así como había establecido el vínculo entre los “dos períodos clásicos de nuestra historia, el ‘colonial’ y el ‘nacional’”, rompiendo prejuicios arraigados. De ese modo recuperaba el potencial democrático del cabildo y trazaba líneas de continuidad entre ambos períodos en cuestiones diplomáticas y militares. Otro elemento destacado por el prologuista es que Levene “ha sabido sustraerse a los fáciles y seductores atractivos de la narración heroico-militar”, ya que, al igual de los hombres de toga y pluma, solo fueron “exponentes de las ideas o de las aspiraciones colectivas del momento en que actuaron” (Levene, 1913: XXIII). Por último, en cuanto a contenidos y enfoque, señalaba que el “proceso de la anarquía, la secesión y la dictadura latente, está trazada en vigorosas líneas de conjunto”, así como “los juicios y rasgos descriptivos de Rosas y de su tiempo, hay un marcado sentimiento de justicia, de verdad y exactitud, que excede a toda sugestión de bandería, de apasionamiento personal o prejuicio transmitido” (Levene, 1913: XIV). Consignaba, asimismo, que el libro incluía tres elementos nuevos: el mapa histórico, el cuadro sinóptico y los principales documentos alusivos a los respectivos sucesos históricos (Levene, 1913: XXV).

La mano protectora del riojano, así como había apadrinado a otras figuras en sus carreras burocrático-literarias, se extendía a Levene. “El prólogo del eminente riojano fue consagratorio” (Heras, 1961, 22). Merced a esta obra y considerándolo el historiador más representativo de la nueva promoción, González lo incorporó como Profesor de Historia Argentina al cuerpo docente de la Universidad de La Plata. Con el tiempo, Levene honraría su memoria.⁶

El prólogo de González sirvió para la difusión en la prensa porteña. Varios diarios tomaron los juicios del riojano como prueba de la importancia

6 En la década del '30 promovió la publicación de sus obras completas con fondos del Parlamento Nacional, donde contó con el inestimable apoyo de Alfredo L. Palacios. La encargada de ejecutar el mandato fue la Universidad platense, presidida en ese momento por Levene y en la que Palacios actuaba como profesor. Las obras, publicadas en veinticinco volúmenes, llevaban un prólogo laudatorio del historiador titulado *Ideas sociales directrices* de Joaquín V. González (1935). Ese mismo texto fue incorporado en el libro *Historia de las ideas sociales argentinas* de la década siguiente (1947).

de la obra. Tal fue el caso de *La Nación*, que en su edición del 1 de mayo de 1913, reprodujo de manera íntegra el prólogo de quien era uno de sus columnistas (ARL, Recortes, 1913).

Más allá del espaldarazo de González, Levene se ocupó de remitir su obra a personalidades relevantes del mundo letrado porteño. Carlos Ibarguren lo felicitó “por el servicio que presta a la enseñanza secundaria con tan excelente texto para los estudiantes”. El ex Ministro de Justicia e Instrucción Pública Osvaldo Magnasco, consideraba que la obra era “inmejorable no sólo por su método y por algunas de sus novedades informativas, sino por la independencia y la imparcialidad de criterio con que expone sus síntesis”. Carlos O. Bunge, por su parte, le decía que “hacía falta un buen texto escolar de historia argentina, especialmente para la enseñanza en los colegios nacionales”, subrayando que campeaban en el libro “la buena información, el método científico, un excelente orden y la forma clara y sobria”. Santiago Fitz Simón lo felicitaba por su “excelente obra didáctica” y destacaba su perfil: “profesor joven, entusiasta e ilustrado, ocupa usted hoy una alta posición entre los docentes argentinos”. Víctor Mercante, consignaba que la “distribución está en un todo conforme con lo que yo he escrito al respecto” y destacaba el significado de la obra que venía a representar una “reforma saludable en los métodos secundarios”.

Levene o la editorial se ocupó de acercar estos escritos a la prensa gráfica, que reprodujo varias de las opiniones transcritas. Poco después, el conjunto de esas notas de respuesta fueron publicados por la Editorial Lajouane en un folleto que contenía “algunos juicios críticos sobre la obra *Lecciones de Historia Argentina y Lecturas Históricas Argentinas*” (1914: 3-5).

Junto con las opiniones de figuras conocidas en el ambiente intelectual, Levene colectó las reacciones de algunos supervisores y educadores. De ese modo, también reprodujo las consideraciones recibidas sobre su libro de Alejandro Bergalli, Clotilde Guillén, Mario Sáenz, Juan G. Beltrán y Juan J. Millán (Lajouane, 1914: 5-7).

Con el paso de los días, Levene siguió recibiendo el reconocimiento de los principales diarios de la época: *La Nación*, *La Prensa*, *El Diario* y *La Razón*. En nota del 3 de marzo de 1913, *La Nación* destacaba que era “ventajosamente conocido” el autor “como cultivador de la historia

nacional”; consideraba que “seguramente constituye uno de los esfuerzos más apreciables que entre nosotros se han hecho para dar a la historia nacional aquella continuidad espiritual que se echa de menos en otros textos” y subrayaba que el método seguido estaba de acuerdo con las enseñanzas de la moderna pedagogía. *La Prensa*, del día anterior, se apoyaba en el juicio de J.V.González para señalar que la obra era “valiosa” y estaba “destinada a tener amplia difusión y la condigna influencia en la educación moral y cívica de la juventud argentina”. *El Diario* del 18 de marzo se detenía más directamente en el elogio de la figura del autor: “publicista de raza, no da paz a la pluma ni su espíritu investigador se cansa de ir reconstruyendo sabiamente todo el pasado de la nacionalidad”; “historiador moderno”; “historiador filósofo que va desentrañando del fondo de las cosas las causas que las determinaron, la dinámica, en fin, que preside la evolución de un pueblo de historia tan sugestiva como el nuestro”. *La Razón*, del 31 de marzo, en cambio se centró en la descripción y análisis de la obra, señalándole como “utilísima”.

Las *Lecciones...* de Levene tuvieron una rápida aceptación en las aulas del nivel secundario ya que presentaba una forma más ágil y sistemática de exposición de la información, con gran cantidad de subtítulos, aunque en el texto abundaban las citas a pie de página en donde se citaban documentos históricos que sostenían las aseveraciones del autor.

Su primera edición fue publicada en 1913 por Lajouane, cuando Levene contaba con 27 años. Fue reeditada de manera continua. En 1949 habían sido publicadas veinte ediciones. Llegaron a veintitrés hacia 1958, previo al fallecimiento del autor. En 1978 se produjo una nueva reedición.⁷

Las *Lecturas...* no corrieron la misma suerte. Después del intento de presentarlas como complemento de las *Lecciones...* poniéndolas a la venta

⁷ Según Devoto, Levene fue autor “del quizás más popular de los manuales de Historia Argentina para los colegios secundarios” (1993: 13). Al borde del ditirambo, dirá Cornejo: “su autor ha seguido trabajando continua y constantemente a fin de actualizarlo. De tal suerte, un viejo libro aparece siempre joven. Como que está destinado a los jóvenes estudiantes secundarios, no habrán novedades sobre la materia que aquéllos no encuentren en estas ‘Lecciones’. De tal suerte, no son éstas un simple texto de estudio, sino una fuente de investigación incesante, que estimula el propio autor a sus cada vez más numerosos lectores. Tantas generaciones tienen así a su auténtico Maestro de la historia argentina, y ningún estudiante de los Colegios Nacionales, Escuelas Normales y Universidades lo desconoce, desde uno a otro extremo de la República. Su consagración lleva, pues, hondos cimientos. La personalidad del Maestro resalta nítidamente, y asombra como un profesor que actúan en las altas esferas universitarias, mantenga su equilibrio y se adapte al medio cuando se trata de la enseñanza secundaria. Sus cualidades pedagógicas son, pues, indiscutibles...”.

conjuntamente por parte de Editorial Lajouane (1914:13), no volvieron a ser reeditadas hasta fines de los años setenta (Levene, 1978).

Cabe consignar que la renovación de contenidos no obedecía a motivos crematísticos del autor, ya que había cedido los derechos desde la primera entrega. Ese éxito, estuvo asociado a la continua revisión y actualización del texto. La más importante y significativa modificación fue la sufrida para la segunda edición de 1918, en la que nos detendremos más adelante.

La escuela debe moralizar

En el cierre del año lectivo de 1914, en la Escuela Normal de Profesores Levene daba un discurso en el que sostenía la importancia de la conducta moral de los maestros. Señalaba que ese imperativo era universal, pero que en el caso argentino ello tenía una doble importancia: primero para que la educación no sea teórica (de palabra, sin correlato en los hechos) y por el “trascendental” lugar del maestro en nuestra sociedad y la “singularísima” característica de su tarea. Levene señalaba que se había escrito mucho sobre la “misión” del maestro en una “sociedad cosmopolita, heterogénea, amorfa como la nuestra”. A partir de allí desestimó algunas comprensiones de la “argentinización (confundiéndola con pintar de colores patrios el toldo de la escuela; enseñar exclusivamente historia argentina transmitiendo una idea militar y heroica). Para Levene, “la escuela argentina debe moralizar”, en el sentido de Ihering: “no cometer una injusticia, e impedir que cualquiera otro la cometa”. En la “transición histórica” que vivía a los ojos de Levene el país, había que denunciar a los “arribistas”, difundir la culpa y “pisotear la cabeza de la víbora de la arbitrariedad o ilegalidad”.

Para Levene, la prosperidad, el bienestar y la paz resultaba de la educación. A su favor citaba a Sarmiento ofreciendo estadísticas de avance de la educación en los Estados Unidos. Ello era la base firme para la “vida tranquila” y el “progreso” de ese país. Concluía, una vez más citando al sanjuanino: “el pueblo es el soberano y hay que educar al soberano” (*El Diario*, 9 de diciembre de 1913).

Cómo se ama a la Patria

En 1914 Levene publicó un nuevo libro de texto para nivel primario bajo el título *Cómo se ama a la Patria*.

Como en otros casos, buscaba un prologuista de fuste. En ese marco, remitió los originales al ex ministro de Roca, Osvaldo Magnasco solicitándole una opinión para ser utilizada “a guisa de prólogo”. En el acuse de recibo, Magnasco le expresaba una predisposición a su favor “atento a las condiciones y antecedentes del autor, tan lisonjeramente probado ya en las labores de la inteligencia y, especialmente, en las de investigación y exposición histórica” (ARL.Corr.1906-1921). En sus líneas destacó el seguimiento del “plan didáctico”, el “sencillo método”, el “resumen del texto constitucional” y su “destreza” como profesor en el uso de la sociología y la historia para iluminar la “letra de nuestras Doce Tablas”. Agregaba un consejo: “Haga aprender de memoria ese texto: tiene él tanta alma, que ella sola irá paulatinamente insinuando su luz en el espíritu del alumno” (Levene, 1914: 5-6).

En lo que oficiaba de prólogo, bajo el título “Este libro”, Levene exponía las líneas fundamentales del contenido del libro. Señalaba que buscaba estudiar las relaciones del ciudadano argentino y del Estado y la organización del gobierno y de la administración de la Nación Argentina. El enfoque estaba impregnado por la “enseñanza de la tradición”, que es “nuestro pasado y por lo que comporta la vida en el seno de una democracia libre, que es nuestro presente y nuestro porvenir”. La perspectiva histórica debía “resucitar el panorama moral de patriotismo, de virtudes, de honestidad y de sentimiento democrático, que animaron a los núcleos directivos y a la masa social toda” (Levene, 1914: 7). Los criterios que guiaron la obra, según el autor, eran una “tendencia eminentemente nacional”, en el “sentido que marca la línea de nuestra historia” vinculada a la idea republicana; la vinculación estrecha entre Moral e Instrucción cívica, la segunda como correlato práctico de la primera; el agregado de una “lectura cívica” a modo de “página selecta” en el que predominaron los autores argentinos, acompañados de otros pensadores extranjeros como Tocqueville, Roosevelt, Ihering, Jaurés y la inclusión de ilustraciones. Agregaba que el plan de esta materia debía ser “metódico y orgánico” si aspiraba a cumplir con los objetivos de “formación del carácter del ciudadano y de disciplinas morales del hombre, para hacer un miembro

útil a la sociedad”. Levene se detenía a aclarar que el libro dejaba un “margen que la acción y la obra del maestro requieren”; quien debía “intervenir para aclarar, interpretar y desenvolver los conceptos que en el libro se enuncian” y que “él es el alma que infunde calor y vida a las ideas”. Particular intervención debía prestar el maestro en el comentario de las lecturas cívicas. De ese modo, subrayaba, pueda lograrse la “hermosa aspiración de Spencer, de introducir la enseñanza científica en la escuela primaria”. Por último, señalaba que cada capítulo terminaba con una “afirmación inductiva”, suerte de máxima o conclusión, que “grabados en el corazón del niño, podrían ser las normas de acción y de conducta del ciudadano” (Levene, 1914: 8-9).

Previo a los capítulos se enunciaban una serie de principios generales: la Moral Cívica estudia los preceptos que el ciudadano debe observar para con la patria; que deben ser cumplidos dignamente; son sagrados los derechos y deberes que establece; el mejoramiento político (“conquista de instituciones progresistas y justas”), depende del patriotismo de sus ciudadanos, de su concurso al bien común; en “países libres” como la Argentina la Moral Cívica es central, ya que la “libertad política y el respeto a las leyes y a las instituciones es fundamental para su existencia” y la “Moral Cívica Argentina tiene una hermosa tradición”, ya que “gracias al patriotismo de nuestros mayores, hemos llegado a la conquista de una democracia generosa y libre” (Levene, 1914: 10).

La tabla de contenidos del libro recorría los siguientes tópicos: La Patria; La patria argentina: idea geográfica e histórica de nuestra patria; lo que el patriotismo argentino ha hecho por la causa de la civilización; los símbolos: la bandera, el himno, el escudo, la Constitución; La Nación; El Estado; El Gobierno Argentino; Principios fundamentales del gobierno republicano argentino; El Presupuesto; La democracia; La democracia argentina; El hombre privado y el hombre público. La virtud y la libertad.; La virtud cívica de los argentinos; ¿Dónde se cultiva la virtud? A. La familia. B. La escuela. La familia argentina; Influencia de la mujer en los destinos de la patria; ¿Dónde se cultiva la virtud? B. La escuela argentina. Papel que desempeña en los destinos de la patria; Papel que desempeña la escuela en la democracia; Cómo gobierna el pueblo; El soldado ciudadano; Gobiernos de Provincia y Principios fundamentales de la moral cívica argentina (Levene, 1914: 241-242).

A modo de ejemplo, resulta interesante recuperar alguno de esos capítulos. Por caso, en el número 1, referido a “La Patria”, Levene comenzaba citando el Preámbulo de la constitución para luego referir a los cambios en el concepto de patria a lo largo del tiempo. De los griegos y romanos, pasando por la edad media, llegaba a la “común civilización internacional entre los pueblos cultos”, facilitada por los progresos de la “Ciencia con sus maravillosos progresos y sus aplicaciones”. De allí deducía que el amor a la tierra donde se ha nacido no “debe implicar el desprecio al extranjero ni debe consistir en la vanidad o la arrogancia infautadas”. Para Levene “el patriotismo es la religión de la libertad y del amor” (1914: 14). A continuación, a partir de la definición de pueblo como conjunto de habitantes de un país, distinguía entre ciudadanos (con derechos políticos y deberes legales y morales) y extranjeros (con derechos civiles). Ambos tienen la obligación de trabajar, contribuyendo al “progreso material y moral” (Levene, 1914: 16). La lectura cívica correspondía a un texto de Esteban Echeverría en el que diferenciaba un pasado guerrero y heroico basado en la fuerza de un presente de paz, basado en la inteligencia y la racionalidad.

En los capítulos siguientes las lecturas de autores argentinos eslabonaban una genealogía: seguían Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Joaquín V. González. Enmarcado en la tradición liberal que hundía sus raíces en la generación del '37, postulaba el legalismo constitucionalista y proyectaba una mirada optimista en torno al progreso material e institucional del país. Eco del entusiasmo de los festejos del Centenario la obra transmitía las creencias de un liberalismo que en los hechos seguía siendo restrictivo en cuanto al ejercicio libre del voto, pero que utilizaba la terminología republicana y democrática como si ella se realizara de modo pleno. En el orden pedagógico, bajo la cita de autoridad de Spencer, asomaba un positivismo tardío común a otras empresas de la época en las que comenzaba a participar Levene, como la Universidad de La Plata, impulsada por su admirado J.V. González.

El libro fue aprobado por la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires como Libro de Lectura e Instrucción Moral y Cívica para los grados 4º, 5º y 6º, previo a su impresión. Fuera del cálculo económico por la factura del texto, conviene ubicar la obra en el conjunto de iniciativas de Levene en materia pedagógica. Si bien su interés principal se volcaba a la historia argentina, la cercanía temática de esta materia con

otros espacios formativos tal como se fue configurando la malla curricular argentina, unida a su formación en derecho lo impulsaba a desarrollar un material complementario para el uso de alumnos y maestros.

Obras de investigación

Ese mismo año de 1914 Levene volvió a publicar un libro con otras características. Orientado a un público erudito, venía a complementar su aproximación a la época colonial, ahora desde el punto de vista económico: *La política económica de España en América y la Revolución de 1810* (Levene, 1914). Con 135 páginas, fue publicado en primer término por los Anales de la Facultad de Derecho. Luego fue editado por la Casa Editora de Coni Hermanos.

El libro mereció una crítica por parte de Ernesto Quesada, difundida en la Revista *Universidad*. Luego fue editada en un folleto de setenta páginas. Esa reacción se enmarcaba en una crítica más general de Quesada hacia los jóvenes de la nueva generación que portaban aires fundacionales (Buchbinder, 2012: 203). En su defensa salió Emilio Ravignani, en la misma revista *Universidad*, quien sostenía que Quesada a través de sus comentarios pretendía erigirse en “maestro que enseña y señor que consagra” a los nuevos valores. Le observó alteraciones en los títulos de los documentos utilizados, errores en la descripción de los acontecimientos que habían jalonado las conquistas de Nueva Granada y Perú, confusiones entre los regímenes técnicos y jurídicos de la navegación y errores generales de información histórica (Buchbinder, 2014: 25).

El año siguiente publicó *Estudios económicos acerca del Virreinato del Río de la Plata*, como Introducción a los tomos V y VI de los Documentos para la Historia Argentina, publicados por la Facultad de Filosofía y Letras (Levene, 1915).

En la Junta de Historia y Numismática

Heras señaló que a los treinta años, con cargos docentes en tres facultades, “sus publicaciones de índole histórica han rodeado su nombre del prestigio requerido para incorporarlo a la Junta de Historia y Numismática Argentina y Americana” (1961; 28).

Nos encontramos con una dificultad para determinar las causas por las cuales pudo llegar a escalar a nuevas posiciones. La visión teleológica obtura las razones, ligazones y vínculos que hicieron posible ese acceso, siendo que a decir verdad sus contribuciones al conocimiento de la historia argentina al momento eran más bien modestas. Por otro lado, esa misma perspectiva finalista, impide conocer los trabajos concretos de Levene en el seno de la Junta en esos primeros años.

Sabemos que la entidad estuvo presidida hasta 1915 por Enrique Peña, a quien sucedió José Marco del Pont. El ingreso de Levene a ese ámbito puede ser interpretado como parte de un proceso de transición. Del núcleo original, compuesto por figuras del ámbito político, diplomático y cultural relacionados a la élite porteña, fuertemente vinculados al coleccionismo, se fue pasando al reclutamiento de cultores profesionales de la historia en los términos concebidos para esa época. Así se sumaron, en diciembre de 1903, el historiador Luis M. Torres y pocos años más tarde, David Peña y Antonio Larrouy; en agosto de 1914 se incorporó Norberto Piñero y en mayo de 1915 Ricardo Levene (Buchbinder, 2023: 59).

La idea de transición con la suma de profesionales o cultores de cierto oficio en la disciplina se ve reforzado si revisamos el proceso de ingreso al organismo. El mecanismo de aceptación a la Junta era por moción de alguno de los miembros y en general no había mayores dificultades para estos procesos. Quienes presentaron la nota proponiendo a Levene como miembro activo de la Junta fueron Ernesto Quesada, David Peña, Juan Ambrosetti y Antonio Dellepiane, en la sesión de octubre de 1914.⁸ Luego de varias postergaciones, la Junta aprobó su ingreso con la presencia de Ambrosetti, Echayde, Fregeiro, Peña, Quesada, Lafone Quevedo, Marcó del Pont, Pradere, Rodríguez y Torres.⁹

En la primera sesión que actuó como miembro de la Junta, tras recibir las felicitaciones de la presidencia por su incorporación, Levene dio lectura a un trabajo titulado “Un precursor del comercio libre en el Plata” referido a la actuación de Ángel Izquierdo en la aduana de Buenos Aires.

8 Todos revistaban en la Facultad de Filosofía y Letras. Levene había reemplazado a Quesada en su cátedra de sociología en 1912 en ese ámbito.

9 Acta de la Junta de Historia y Numismática Argentina y Americana Número CLXXV, del 16 de mayo de 1915, consignaba: “De acuerdo con la orden del día, se toma en consideración la candidatura a miembro activo del doctor Ricardo Levene, resultando electo por unanimidad de votos; lo que se le comunicará en la forma de estilo, haciéndole saber al propio tiempo los requisitos reglamentarios que deberá llenar en el acto de su ingreso a esta institución”.

Tras la disertación fue vivamente aplaudido y Ernesto Quesada tomó la palabra para elogiarlo.¹⁰ El texto fue publicado por la Casa Editora Coni (Levene, 1915).

Cabe señalar, que en consonancia con los trabajos de otros espacios institucionales de la época, uno de los objetivos centrales de la Junta desde los primeros años del siglo XX fue el de la recuperación y publicación de material documental.

Poco después, nuestro autor publicó *La moneda colonial del Plata* (Levene, 1916).

Levene y la “Nueva Escuela Histórica”

En 1916 el director de los *Anales* de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, Juan Agustín García, al dar cuenta de los avances de la publicación señalaba:

Los Anales se fundaron para estimular este movimiento: ayudar al país a conocerse, describir todos sus fenómenos sociales, exteriorizar los resultados de esta enseñanza superior nacionalista, que se inicia en 1896. A juzgar por las opiniones benévolas que nos llegan, poco a poco van realizando, con modestia, su propósito. Los jóvenes escritores, la “nueva escuela histórica argentina”, respondieron a nuestro llamado y tuvimos el placer de publicar trabajos muy importantes de Molinari, Levene, Ruiz Guiñazú, Ravignani, Torres, Carvia (sic). Alejandro Korn expuso la síntesis de nuestro movimiento filosófico desde la época española” (García, 1916: 6).

A partir de esa cita Levene quedó vinculado a ese movimiento historiográfico, con el que tenía vínculos pero también diferencias. Para ese momento Levene enseñaba en la Facultad de Derecho de la UBA y en La Plata. En cambio Torres, Molinari, Ravignani y Carbia dictaban clases en la Facultad de Filosofía y Letras. En ese ámbito funcionaba el instituto de Investigaciones de Historia Argentina y Americana, centro principalísimo de renovación de la disciplina histórica. Por su parte Levene, comenzó a cultivar la disciplina en el ámbito de la Junta de Historia y Numismática, buscando proyecciones siempre más amplias.

¹⁰ Acta de la Junta de Historia y Numismática Argentina y Americana Número CLXXVII, del 20 de junio de 1915.

Es materia polémica la unidad y diversidad de tendencias y trayectorias de la “nueva escuela” (Schlosser, 2019). Sus miembros, a pesar de divergencias personales e institucionales, compartían una serie de acuerdos sobre la forma y características en que debía desarrollarse esta actividad. El objetivo fundamental del grupo se orientaba a la construcción de una historiografía académica, de carácter erudito, inspirados en las escuelas europeas de la época. Proponían el seguimiento de un orden metodológico riguroso, tomado de la escuela alemana de Leopoldo von Ranke y Ernest Bernheim; la francesa de Langlois y Seignobos y la española de Rafael Altamira. Mediante esa aplicación, que comprendía una serie de operaciones heurísticas y hermenéuticas, la historia como ciencia podía producir un relato objetivo – y por lo tanto verdadero – sobre el pasado. Para ello planteaban la realización de investigaciones centradas en la crítica documental. De allí se derivaba la preocupación y la operación de búsqueda, recolección y edición de documentos históricos.

Esa posición conceptual y metodológica iba acompañada de un distanciamiento con respecto a las imágenes históricas transmitidas por las generaciones precedentes. La intensidad en cuanto a la revisión de las interpretaciones realizadas por la historiografía fundacional fue variable. Levene fue el más moderado de todos ellos, en cuanto al desarrollo de investigaciones sobre aspectos de la etapa colonial o sobre la primera mitad del siglo XIX, propiciando por primera vez en el relato histórico la presencia de temáticas jurídicas, económicas y culturales.

Existía un acuerdo generalizado entre los historiadores (aunque unos lo practicaran más que otros) sobre las virtudes pedagógicas de la historia y la necesidad de “realizar la educación moral de la juventud con la enseñanza de la historia”, acercando al sistema educativo las investigaciones sobre historia argentina que se llevaban a cabo en los claustros académicos. Parte de los libros para el nivel medio que comenzaron a editarse en la segunda década del siglo XX estaban escritos por jóvenes historiadores pertenecientes a esa generación. También aquí podemos establecer ciertos derroteros diferenciados: como vimos Levene publicó sus *Lecturas y Lecciones* desde 1912/1913, mientras que Rómulo Carbia compiló el primer tomo de una obra colectiva en la que participaron Diego L. Molinari, Emilio Ravignani y Luis M. Torres con idénticos fines hacia 1917. La segunda quedó inconclusa. En cambio, como ya dijimos,

la obra de Levene tuvo una proyección altamente significativa, siendo modificada y actualizada de manera permanente.

Cambios y modificaciones en las Lecciones

A lo largo del tiempo transcurrido entre la primera y la vigésimo tercera edición, Levene fue realizando modificaciones al texto. Junto con ello fue introduciendo prólogos (4° edición de 1918, 12° de 1929 y 17° de 1939). En todas las ediciones preservó la introducción de Joaquín V. González y su prólogo de 1912. Después de 1921 sumó las palabras publicadas por William Spence Robertston, catedrático de Wisconsin, en *The Hispanic American Historical Review*.

Tras la publicación de su primera edición, Levene introdujo una serie de cambios en el texto. Al haber estallado la Primera Guerra Mundial los editores se vieron impedidos de integrar un “suplemento” a la obra, por lo que fue publicado de manera independiente (Levene, 1917). Al mismo tiempo se publicaba la tercera edición de las *Lecciones*.

Resulta interesante detenerse, aunque más no sea someramente, en el análisis de las modificaciones al texto de 1913 y los motivos que lo originaron.

En el primer capítulo desarrollaba el punto de “fuentes de la historia Colonial”, agregando una nueva clasificación dividida en restos, monumentos y tradiciones. Sumaba un punto sobre disciplinas auxiliares, incluyendo la paleografía, la diplomacia colonial, la filología española e indígena, la etnografía, la antropología, la paleontología argentina, la geografía histórica, la arqueología. Por último, en este punto, sumaba un acápite sobre bibliotecas, museos y archivos (Levene, 1917: 7).

El capítulo dos incorporaba el “comercio colonial del Plata”, subdividido en cuatro períodos, desde los orígenes hasta 1810 (Levene, 1917:21).

El capítulo tres incluía la “vida económica del Plata”, incluyendo la ganadería, la agricultura, la riqueza minera y las industrias (Levene, 1917: 44).

El capítulo cuatro sumaba una nueva dimensión vinculada a la “Real Hacienda”, tomando la cuestión impositiva (Levene, 1917: 62).

El quinto consideraba las instituciones económicas, como aduanas, casas de moneda, intendencias y consulado (Levene, 1917: 67), mientras que el sexto tomaba las instituciones judiciales (Levene, 1917: 83).

En el séptimo capítulo, agregaba al punto de “el espíritu de la colonización española en el Plata” un punto referido al “carácter de la iglesia en la América española” en el que desarrollaba el papel de la jerarquía y los sacerdotes regulares y seculares, junto a elementos de organización eclesiástica y aspectos patrimoniales. Dos puntos adicionales eran: “Corrupción de las costumbres” y “Vida intelectual del clero” (Levene, 1917: 88).

En el octavo capítulo agregaban aspectos de la “vida intelectual”: transmisión cultural europea; protemedicato; escuelas fundadas por Belgrano; la difusión de ideas liberales en el núcleo directivo y las letras (Levene, 1917: 101).

En el noveno capítulo incluía un desarrollo sobre el periodismo en el período colonial (Levene, 1917: 116) y en el décimo desplegaban análisis sobre los usos y costumbres; vida privada; fiestas; corridas de toros; circos; la beneficencia, entre otras cuestiones (Levene, 1917: 122).

Tiempo después, con motivo de la cuarta edición de 1918 el material fue articulado en la edición, constituyendo la base firme sobre la que realizaría a partir de allí sucesivas modificaciones.

Para la ocasión, Levene adicionó un prólogo en el que explicaba la existencia de “documentación nueva” que asociaba al surgimiento de la Nueva Escuela Histórica, tanto en sus aportes individuales como institucionales. Ese material estaba referido casi enteramente al período colonial. Ya vimos como el trabajo de Levene buscaba subrayar la continuidad jurídica e institucional entre el período colonial y la vida independiente. Así, el período español había sido reelaborado en base a las nuevas series documentales y a cierto cambio de concepto:

De ese conocimiento ha surgido una metrópoli, distinta de aquel fantasma, causante de nuestras desgracias y autora de nuestras taras –a quien había que dar la espalda y mirar de frente a otra parte- que en colores sombríos pintaron los historiadores hispanóforos (Levene, 1918).

A partir de entonces fueron incorporados en el Tomo I un capítulo sobre fuentes; se agregaron consideraciones sobre la prehistoria y los

aborígenes del Plata; se desarrolló con extensión la época del Virreinato, “por tratarse de una era de formación de la nacionalidad, de elaboración de la independencia y de preparación del desmembramiento territorial, y se agregan nuevos capítulos sobre la vida económica, comercial y rentística del Plata, e instituciones económicas, judiciales, eclesiásticas e intelectuales”.

En el Tomo II los cambios fueron menores: los capítulos reelaborados fueron los referidos a la Revolución de Mayo, la Asamblea del año 13, el Congreso de Tucumán, las reformas orgánicas de Martín Rodríguez, la conferencia de Guayaquil, la diplomacia, las primeras escuelas y la reacción contra Rosas (Levene, 1918: XXXV).

Este hecho fue reconocido por Carbia quien señalaba que Levene había mejorado la presentación del período español, llegando a una “visión totalizada de los factores básicos que han dinamizado nuestra historia, particularmente el jurídico y el económico” (1925: 263).

Continuidad y proyección de las *Lecciones*

Con motivo de la 12ª edición, en 1929, Levene anunciaba su satisfacción por la difusión sostenida de la obra, señalando que había sido traducida en Estados Unidos y Francia. Reiteraba su compromiso con el profesorado y los estudiantes de secundaria, así como su trabajo en la incorporación de novedades documentales y de perspectiva en la obra. Deuda de gratitud, anotaba: “Mi pensamiento vuelve ahora –en el momento de gran difusión de este libro- a la memoria de Joaquín V. González, que puso una conceptuosa Introducción para la primera edición y que estimuló generosamente al joven autor de entonces alentándole a proseguir en sus estudios históricos” (Levene, 1929: XLII). Incluía una referencia a Croce: “la historia en su auténtico carácter de vida revivida o vuelta a pensar y sentir, que es el modo de demostrar que la historia continúa en nosotros” (Levene, 1929: XLII). Ratificaba el concepto renovado de la historia por el cual se substituía “la crónica que es simple narración, por la teoría de la historia genética y social, que es la comprensión del pasado humano en sus direcciones políticas, económicas e ideológicas” (Levene, 1929: XLII).

Un cambio y un nuevo equilibrio: en esta oportunidad recuperaba la dimensión individual en el proceso histórico (antes diluido en lo social), señalando un “lugar a los grandes hombres o la individualidad ejemplar”, ya que “el heroísmo ha brillado en múltiples formas en nuestra historia”.

Si bien afirmaba que los “libros de historia envejecen aceleradamente”, desde el punto de vista de la investigación, seguía sosteniendo su importancia y subrayaba que la labor pedagógica de realizarlos “pertenecen a los historiadores”: “son ellos los capacitados para elaborar las grandes síntesis, extender la visión del panorama histórico, situándose en alto mirador que permita contemplar la historia de un pueblo en sus relaciones con los demás; y en fin, para caracterizar los distintos momentos del pasado, su renovada sucesión, descubriendo en las mutaciones, las constantes de la historia” (Levene, 1929: XLIII).

Una vez más traía la referencia a Ernest Lavisse, quien había concluido recientemente un *Manual de Historia de la Civilización para los niños*. Junto a él situaba a Rafael Altamira con su *Epítome de Historia de España*, publicado en 1927. Prometía la publicación de dos obras a modo de actualización: *Colección de documentos para uso de los alumnos* y *Lecturas de páginas históricas* de autores de representación intelectual (Levene, 1929: XLIV).

Nota afectiva y sentimental: en estas “páginas mi hijo acaba de aprender las lecciones de la historia patria” (Levene, 1929: XLIV).

Cabe consignar que en 1937, por mediación de William Pence Robertson, la obra fue traducida al inglés.

En la edición de 1939, décimo séptima edición, Levene actualizaba el segundo tomo llegando hasta esos días.

En la versión de 1949, vigésima edición, anotaba para su nieto de igual nombre y apellido: “Con la ilusión de que en estas Lecciones aprenderá a amar la Historia Argentina”. Al mirar hacia atrás, agregaba: “Me siento feliz de haber hecho en mi vida constante prédica de estas y otras ideas directrices, de orden didáctico y científico, y de haberlas introducido en las páginas de estas Lecciones sobre la Historia de la Civilización Argentina que el eminente Joaquín V. González prologó generosamente, y cuya materia continúo estudiando con igual admiración y amor, que en mis años mozos”. Adicionaba, para la ocasión, un texto de Sigfrido Radaelli,

escrito tiempo atrás (1939). Allí se señalaba que uno de los factores de éxito del libro radicaba en que otros manuales habían sido escritos por extranjeros (Fregeiro y Gambón) que no contaban con la sensibilidad adecuada para presentar los acontecimientos. Subrayaba la ubicación del libro dentro de la intención de formación moral que perseguía Levene. Anotaba la importancia de una concepción orgánica de la historia, por la cual todos sus períodos se encontraban relacionados. También, destacaba el valor de la introducción de la idea de interpretación por sobre la de ordenamiento que había dominado hasta el momento. Por último, Radaelli decía que si bien las *Lecciones* habían representado una renovación en 1913 seguían manteniendo su primacía en la preferencia del público debido a su constante actualización y a que no había aparecido ninguna otra obra en el escenario (Levene, 1949 XXXIV-XXXVIII).

En la versión de 1951, vigésimo primera edición, ajustada al momento político y a la evolución de los acontecimientos, podía leerse en sendos capítulos finales, afirmaciones ligadas a la Independencia Económica, la Soberanía Política y la Justicia Social, así como a la defensa de la integridad territorial (Levene, 1951). Estas apreciaciones favorables al gobierno no llevaron a modificación alguna de los contenidos previos.¹¹ La convivencia de Levene con el gobierno peronista, hasta ese momento, resultaba aceptable, siendo que conocía a Perón (quien había sido alumno suyo y colaborador en el Congreso de Historia Americana de 1937); se había mantenido en sus cátedras; no se habían modificado los planes de estudio ni se desarrollaron acciones hostiles hacia las Academias Nacionales, como sucedería poco después.¹²

En la 23° edición de 1958, tildaba al peronismo de dictadura y llegaba a abordar incluso la convocatoria de la convención constituyente de 1957.

“Variaron en el transcurso del tiempo los planes de enseñanza y los programas de la materia, pero Levene a los cuarenta y cinco años de la primera edición siguió firme con su concepción inicial, libre de toda intención especulativa, exponiendo el desarrollo argentino tal como él lo

11 Ver el comentario crítico de Tulio Halperin Donghi a este respecto, sin hacer mención directa a Levene en el texto *La historiografía argentina en la hora de la libertad* (1955).

12 Un conjunto de obras revisan la relación del peronismo gobernante con la historiografía y la enseñanza de la historia. Disponemos de las ya clásicas afirmaciones de Jauretche (1959) en torno a la inmutabilidad de la llamada historia oficial; a las perspectivas que ligan estrechamente al revisionismo con el peronismo (QuattrocchiWoisson, 1994) y quienes discuten esta perspectiva (Cattaruzza, 1991 y Storttini, 2006).

entendió, para contribuir con su obra a la ‘educación moral de la juventud con la enseñanza de la Historia Argentina’” (Heras, 1961: 22).

Consideraciones finales

En la trayectoria descripta podemos vislumbrar algunos de los rasgos que asumía el ascenso social para familias de origen inmigratorio establecidas en el ámbito urbano de Buenos Aires. Desde la plataforma de una modesta clase media, a través del estudio, Levene llegó a recibirse de abogado, profesión que nunca ejerció. Desde esa formación cultivó la sociología que tiñó sus primeros trabajos. Luego comenzó a cultivar más decididamente la historia. Buscó entrelazar ambas disciplinas. Aunque inclinado hacia un ejercicio profesional de la historia, nunca abandonó la cátedra de sociología, en la que formó grupos de trabajo hasta bien entrada la década del cuarenta.

Trabajos estables en la educación secundaria le proveyeron de ingresos regulares a lo largo de todo el período estudiado, así como los cargos en la docencia y la gestión en el ámbito de la educación superior contribuyeron a mejorarlos.

Las designaciones honoríficas –integración en la Junta de Historia y Numismática o la Presidencia del Archivo Histórico de la Provincia- así como reconocimientos tales como los de Agustín García al sumarlo a la tendencia de la “Nueva Escuela Histórica” apuntalaron su carrera como historiador profesional.

Esos movimientos, relativamente rápidos y tempranos, no podrían haberse realizado sin la inserción en el universo de la política conservadora y la mediación de la protección de Joaquín V. González. Todo ese edificio reposaba, de todos modos, en el trabajo tesonero y el esfuerzo particular del mismo Levene, dedicado de manera reservada a la investigación y la producción de material de diversa índole, así como a desplegar iniciativas culturales en sus ámbitos de actuación.

El lugar otorgado por la Argentina conservadora a este argentino nuevo (Acha, 2006: 38) fue retribuido largamente por quien iba a ocupar posiciones de privilegio en diversas instituciones estatales en las décadas

siguientes. Levene, con su espíritu de integración, constituyó un dispositivo complejo para el manejo de una multiplicidad de espacios.

A partir de la reconstrucción realizada podemos esbozar alguna hipótesis en torno a su concepción de la historia y a las líneas directrices en cuanto a sus relaciones en el ámbito político y en materia historiográfica que de allí se derivan.

Levene buscaba cultivar una visión integrativa, en cierta forma armonizadora, en la que privilegiaba rasgos de continuidad y conexión entre los procesos y las tradiciones intelectuales (Acha, 2006: 37). De allí venía la idea de unidad y continuidad entre colonia e independencia, sellada a través de las instituciones jurídicas, en materia histórica. En el ámbito intelectual, ello se reflejaba en su ligazón con los historiadores del siglo XIX, Mitre y López fundamentalmente, que fueron recuperados más allá de sus polémicas. A Levene le gustaba citar la correspondencia entre ambos, en la que subrayaba la idea vertida por Mitre en que la polémica era un medio para ponerse de acuerdo.

En el ámbito político siguió las huellas de su mentor J. V. González. De unas primeras participaciones en el pellegrinismo, en la senda del reformismo electoral, se acercó a las posiciones conservadoras frente al surgimiento del radicalismo. Sus relaciones con sectores del socialismo, en particular con la figura central de Alfredo Palacios, con quien anudó una temprana amistad fructificó en una sólida alianza en el gobierno de la Universidad de la Plata. Estas posiciones no resultaban contradictorias si pensamos que el tercero excluido era el radicalismo. Ello se reflejó, con más claridad, durante la década del treinta, en la que Levene se asoció más claramente con la restauración conservadora.

En el espacio historiográfico, podemos avanzar la idea de un doble sistema de referencias. Por un lado, una línea sucedánea del legado de Bartolomé Mitre, para el desarrollo de los estudios e investigaciones históricas, refrendando la línea a la vez interpretativa y erudita. Fue esta la perspectiva que ordenó sus trabajos e intervenciones en el ámbito institucional académico y de la Junta de Historia y Numismática. Por otro, una perspectiva de continuidad de la obra de Vicente F. López en materia de producción de materiales para la enseñanza, que tuvo una larga presencia, a través de las actualizaciones de las ediciones sucesivas de las *Lecciones de Historia Argentina*.

Obras:

- Levene, Ricardo. Los orígenes de la democracia argentina. Buenos Aires, Lajouane, 1911.
- Levene, Ricardo. Lecturas de Historia Argentina. Buenos Aires, Lajouane, 1912.
- Levene, Ricardo. Lecciones de Historia Argentina. Buenos Aires, Lajouane, 1913.
- Levene, Ricardo. Cómo se ama a la patria. Buenos Aires, Aquilino, 1914.
- Levene, Ricardo. La política económica de España en América y la Revolución de Mayo de 1810. Buenos Aires, Coni, 1914.
- Estudios económicos acerca del Virreinato del Río de la Plata. Buenos Aires, Coni, 1915.
- Levene, Ricardo. Un precursor del comercio libre en el Plata. Buenos Aires, Coni, 1915.
- Levene, Ricardo. La moneda colonial del Plata. Buenos Aires, Coni, 1916.
- Levene, Ricardo. Suplemento de las Lecciones de Historia Argentina. Buenos Aires, Lajouane, 1917.
- Levene, Ricardo. Ideas sociales directrices de Joaquín V. González. La Plata, UNLP, 1935.
- Levene, Ricardo. La cultura histórica y el sentimiento de nacionalidad. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946. Primera edición data de 1942.
- Levene, Ricardo. Historia de las ideas sociales argentinas. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1947.
- Levene, Ricardo. Las ideas históricas de Mitre. Buenos Aires, Institución Mitre, 1948.

Referencias:

- Acha, Omar. Ricardo Levene, un historiador del Centenario. En Todo es Historia. Número 463. Febrero 2006.
- Altamira, Rafael. La enseñanza de la historia. Madrid, Museo Pedagógico, 1891.

- Buchbinder, Pablo. Emilio Ravignani: su tesis doctoral y sus primeros pasos en la práctica de la investigación histórica. En Ravignani, Emilio. Las finanzas argentinas desde 1810 a 1829. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas E. Ravignani, 2014.
- Buchbinder, Pablo. De coleccionistas y numismáticos a historiadores profesionales: notas sobre los orígenes de la Junta de Historia y Numismática Americana. En historiografías. Número 26. Julio-diciembre, 2023.
- Chami, Pablo. Nación, identidad e independencia en Mitre, Levene y Chiaramonte. Buenos Aires, Prometeo, 2008.
- Devoto, Fernando. (2009). «El Contexto historiográfico europeo y argentino en la época del Levene temprano (c. 1910-1930)». Conferencia pronunciada en la Biblioteca, Museo y Archivo Dr. Ricardo Levene, Buenos Aires, 30 de septiembre.
- Escudero, Eduardo: Ricardo Levene: políticas de la historia y de la cultura 1930-1945. Ferreyra Editor, Córdoba, 2010.
- Halperin Donghi, Tulio. (1955). La historiografía argentina en la hora de la libertad. en Sur. Número 237.
- Pagano, Nora. Cultura y educación bajo el primer peronismo. El derrotero académico institucional de Ricardo Levene. En Pagano, Nora, Rodríguez, Martha. La historiografía rioplatense en la posguerra. Bs.As., La Colmena, 2001.
- Quesada, Ernesto. La evolución económica y social de la época colonial. En Revista de la Universidad de Buenos Aires. T. XVIII. Buenos Aires, 1914.
- Radaelli, Sigfrido. El espíritu formativo de la Historia en la obra de Ricardo Levene. Revista de la Universidad de Córdoba. Julio de 1939.